

# Sin miedo a la libertad

**JUAN CARLOS FERNÁNDEZ**

PRESIDENTE DEL FORO ZAFRENSE

**El propio Suárez dijo en una entrevista que tardó años en publicarse, que había que decir sí a la Historia, no a la coyuntura. La Historia exigía modos nuevos, sistemas nuevos**

**L**a libertad es la clave de bóveda de la dignidad ciudadana. Sin aquella, la ciudadanía no existe sino bajo la especie de los subditos, algo que repugna a la condición humana. Dice bien Benigno Penñas que la libertad política, junto con la económica y la moral, son un todo indivisible. El hombre encuentra en la libertad su principal valor, el que el hace de él un ser humano pleno.

Durante décadas, en España querían hacernos creer que la libertad política era algo accesorio, idea no solo propia del franquismo, sino también del marxismo leninista: «¿Libertad, para qué?», le decía Lenin a Fernando de los Ríos. Se nos ha querido hacer ver que el orden público y el bienestar económico, relativo, deberían bastarnos y que conformaban una especie de 'status civitatis' adecuado para nuestra idiosincrasia. Eso es una gran falacia, porque ni se pueden poner puertas a la dignidad humana, ni el pueblo español tiene que ser radicalmente diferente de otras comunidades que encontraron en la democracia plena el cimiento de su prosperidad.

¿Qué puede haber tras aquel modo de pensar sino un miedo cerval a hacernos responsables de nuestros actos, y el resto de nuestros compatriotas de nuestro propio destino? ¿Cómo pueden justificar los ciudadanos la renuncia a estar en plena posesión sus derechos, si no es en base a la desconfianza en las propias posibilidades? ¿Cómo puede esconder el cuerpo social su cabeza bajo el ala de la dictadura?

Ante este modo de ver las cosas, la figura de Adolfo Suárez toma valor de heroica. Él, que procedía de un régimen dictatorial del que medraba, puso su inteligencia y su lealtad al servicio del propósito que la Corona mantuvo sin titubeos: normalizar a nuestra nación, a toda costa y a pesar de los pesares. Y hubo que hacerlo en una época muy, muy difícil, en la que azotaban el terrorismo y las dificultades económicas, y en la que las heridas de la Historia, que no curan con un poco de mercurocromo, aún se percibían frescas por muchos. El propio Suárez dijo en una entrevista que tardó años en publicarse, que había que decir sí a la Historia, no a la coyuntura. La Historia exigía modos nuevos, sistemas nuevos.

Don Gregorio Marañón sostenía que las dictaduras no se evitan clamando contra ellas, sino haciéndolas innecesarias con nuestra rigurosa disci-

plina del deber. Así lo hizo Adolfo Suárez, tras recibir el encargo del rey. Afrontó las dificultades y se enfrentó al miedo a la libertad, haciendo ver su inutilidad, a base de predicar con el ejemplo: renunció a muchas cosas, siempre en pro de la plenitud democrática que el pueblo español se merecía, y nos convenció de que era posible la reconciliación. La sorpresa de la legalización del PCE, la presencia de las izquierdas en las Cortes tras las elecciones del 15 de junio de 1977, fueron síntomas de una madurez que terminó por aventar el oscurantismo de quienes preferían convertirse en estatuas de sal antes que afrontar un futuro insoslayable. Quienes diseñaron, impulsaron y construyeron la Transición evitaron que los españoles (como Ferrater Mora diría) enfermáramos de pasado. Insisto: por inexplicable que parezca, hoy día existen pacientes de tan cruel enfermedad; felizmente, son pocos.

Adolfo Suárez, que ya forma parte de la Historia desde hace años, ha entrado hoy en el panteón de los hombres sin miedo, en el que yacen quienes afrontaron su vida venciendo los temores; quienes se mantuvieron en pie, sin vértigo. La naturaleza le ha guardado una mala jugada en sus últimos años, y al tiempo que le privaba de su memoria, a los españoles nos ha desposeído de conocer tantas cosas que hubiese podido contar, y que tendríamos que conocer. Pero su ejemplo es indeleble: la firmeza frente al inmovilismo; la voluntad de restañar heridas; el afán de unir con respeto a las diferencias; el ímpetu en la defensa de la libertad; su absoluta lealtad a la Corona, motor del cambio como bien decía Arelliza, quedan grabados en el mármol de la Historia. Y lo que es más importante, permanecen en la memoria de los españoles. O así debería ser.

La España de hoy no tiene parangón con la de 1975, por mucho que una crisis poliédrica nos sacuda. Ni en lo económico, ni en las infraestructuras, ni en la presencia internacional, ni en lo institucional. Esta es una gozosa realidad fruto del esfuerzo y del sacrificio personal de tantos que, con S. M. el rey a la cabeza, sin ningún miedo a la libertad, hicieron que el pueblo español se pusiese manos a la obra. Entre todos hemos construido esta España. Adolfo Suárez fue uno de los principales artífices. Descanse en paz, y perviva el recuerdo de su obra entre nosotros.



IMAGEN DE ADOLFO SUÁREZ: ANGEL MILLAN/EFE